

GUERRA Y POLITICA: LA GUERRA REVOLUCIONARIA

"La paz es la continuación de la guerra con otros medios."

O. SPENGLER.

"Cada vez se comprueba más que la guerra y la paz se juegan alrededor de la Revolución internacional."

P. NAVILLE.

I. PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN.

Una de las características de la vida internacional, tras la Segunda Guerra Mundial, es la aparición de una escena interestatal dominada por dos Estados-continentes, por dos Potencias extraeuropeas, por dos *colosos*—uno *sin corazón*, y otro, *sin cerebro*, al decir (aceradamente) de Soustelle—.

Pues bien; la existencia de esas dos Superpotencias daba nacimiento a una *especial* situación internacional, conocida con el nombre de *guerra fría*: enfrentamiento entre los dos *colosos*, en tanto que Potencias hegemónicas típicas—a la cabeza de dos grandes sistemas de alianzas—y en tanto que *polos de ideologías* encontradas.

Ahora, para nosotros, lo fundamental de tal situación era el enfrentamiento de dos poderes militares desemejantes: un poderosísimo Ejército convencional contra un monopolio atómico.

Panorama que cambiaba en 1956-1957 cuando—esencialmente, con el lanzamiento del *sputnik*—se evidenciaba que ambas Potencias mundiales podían destruirse mutuamente. Fase de la *coexistencia*. Transferencia de la lucha de clases, en el plano interestatal, del terreno militar-político al—fundamentalmente—campo político-económico-social. Con una consecuencia: bajo la protección de la *doble disuasión nuclear*, de la *pantalla nuclear*, el choque entre los dos bloques de fuerza se hace a través de las *pequeñas guerras* (expresión de R. Payot), lo suficientemente *amplias* para producir *ventajas*, pero lo suficientemente *limitadas* para que no se piense en acudir a la confrontación directa (con el peligro de la escalada termonuclear). Franco Nogueira ha expla-

yado recientemente—conferencia de Prensa, en Lisboa, el 18 de junio—claros pensamientos a este respecto.

... Pues bien; en tal cuadro se inserta la *guerra propia de nuestro «siglo de hierro en que estamos sumergidos»* (A. François-Poncet), la *típica expresión de la revolución de nuestro tiempo* (M. Fraga Iribarne). Topamos con la *guerra revolucionaria* *.

II. ALUSIÓN HISTÓRICA.

Entremos en un tema previo: el de su existencia en el transcurso de la Historia.

Fundamentalmente, dos posiciones:

1. La guerra revolucionaria es tan antigua como el mundo: P. Dabiez. La guerra del débil contra el fuerte (conocimiento del terreno, etc.). En el dominio doctrinal, su prehistoria cuenta con Sun Tsé (seis siglos antes de Cristo).

2. Ahora bien; la *verdadera* guerra revolucionaria exige: un contexto revolucionario *mundial* (exigencia básica); con a) unos *medios técnicos adecuados* (progresos de los medios de información, propaganda, progresos en los estudios sobre psicología colectiva, etc.), y b) *constitución de Partidos de masa «totalitarios»* (de una sólida jerarquía y de una implacable disciplina) (G. Galli).

* * *

A ella se ha llegado en un proceso de menos de doscientos años. El punto de arranque: la Revolución francesa. El fin de ella: el ideal democrático (frente al sistema monárquico: tradicional). Sus medios: la nación en armas, la conscripción. En las guerras de la Revolución, la política aparece como un multiplicador de la violencia (Dabiez), frente al período anterior en que la guerra es una continuación de la diplomacia. O. Spengler hablará de

* Al lector en pos de precisiones terminológicas, le recomendamos—humildemente—meditar sobre los conceptos de *guerra política*, *guerra insurreccional*, *guerra revolucionaria* y *guerra subversiva*, y *guerra psicológica*. Nosotros lo hemos hecho en conferencia pronunciada en el Curso de Problemas Militares, de la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo", de Santander, 4 agosto 1969.

las batallas de este momento revolucionario «como derroche de vidas humanas»...

Precisamente, guerra *clásica* y guerra *revolucionaria* comenzaron a diferenciarse el día en que la guerra dejó de ser el hecho de una casta profesional. Al soldado de oficio le sustituye el soldado ciudadano. Aquél no tiene más que su competencia profesional. Este aporta su amor al país. Valmy será la piedra de toque de tal orden de cosas.

A tal urdimbre de circunstancias se añaden nuevos elementos: la resistencia española contra Napoleón (técnica de guerrillas) y la guerra de movimientos de Napoleón (concepciones militar-políticas, etc.).

Tras ello, las reflexiones de Clausewitz—el filósofo de la guerra—, sobre todo ese entramado de realidades. Lo fundamental: la concepción de la *guerra, continuación de la política por otros medios*. Por lo demás, ya Clausewitz supo descubrir la ósmosis producida entre el desarrollo del fenómeno *guerra* y la estructura y la vitalidad interna de los grupos sociales comprometidos en él, señalando la importancia de los factores psíquicos y presintiendo que las masas populares podrían ser llamadas a desempeñar un papel cada vez más esencial (R. Costé).

Pues bien; yendo hacia delante, tenemos que del pensamiento clave—tópico, en determinados medios—de Clausewitz emanan dos escuelas de pensamiento: de la *subordinación de la política a la guerra* (miembros Estado Mayor alemán, etc.) y de la *subordinación de la guerra a la política* (con la meta natural: *identificación entre política y guerra*—los comunistas—).

En esta tenebrosa ruta, pasos decisivos a cargo de:

- a) Lenin, franqueando la etapa definitiva, al sustituir en sus reflexiones la lucha entre Estados por la *lucha de clases*—necesariamente revolucionaria en la óptica marxista—.
- b) Mao Tse-tung, aportando el valor del *campesinado* (galvanización).
- c) Ho Chi Minh, montando el *mecanismo más perfecto* en su género (aplicación en todas sus fases).

También cabe la mención, entre otros nombres, de Ernesto Guevara: singularmente, por el testimonio de su «romántica» conducta personal (por anti-conventional, fascinante para las juventudes, para las juventudes universitarias; aunque con ideas explosivamente ultrarrevolucionarias: valgan, a este respecto, como muestra, los conceptos estructurados en su Mensaje a la Conferencia de la O. S. P. A. A. A. L., dado a la publicidad el 16 de abril de 1967, en La Habana).

III. ELEMENTOS COMPONENTES.

1. Desde una *óptica revolucionaria mundial* (ambiente de «período revolucionario en la vida internacional contemporánea», desde ángulos distintos: G. Scelle, H. Lasswell, M. A. Kaplan (ed.), E. McWhinney, etc.; dialéctica de «la destrucción del imperialismo»: «Che» Guevara, etc.; atmósfera de «gran desafío ideológico»: G. Barraclough, etc.).

2. Por tanto, más un *enfrentamiento entre clases* (aunque también estén implicados los Estados). Primeramente, ella divide a las naciones en su mismo interior. Por otro lado, toda guerra revolucionaria toma un carácter internacional. Uno de los toques típicos de la época contemporánea es la indistinción entre las guerras *extranjeras* y las guerras *civiles*. Los pueblos son desde ahora, y ya, «interiores» unos de otros, como los fenómenos de «quinta columna» los hacían ya presentir... Una guerra internacional será cada vez más—en general—una guerra civil.

3. Objetivos *políticos*: hacerse con el poder (por métodos violentos, etc.).

4. Con una dimensión ideológica: imposición de una determinada concepción económico-político-social. Labor del *militante* más que del militar. El *combatiente* no es sólo un militar, es también un *militante*. (Aquí, a recordar el factor *odio* como elemento de combate en «Che» Guevara.

5. Encaminada más a *la conquista de las poblaciones* que a la del territorio. Perfil de *la adhesión popular*. «La inferioridad material ante el enemigo no es grave—ha escrito Mao Tse-tung—. Lo importante es la movilización popular. *El pueblo debe ser el gran océano en el que se ahogará el enemigo*». Ahora bien; población enfocada más bien como máquina, en la cual cada ser es un rodaje, que como grupos de personas a respetar. Población, en una palabra, tratada como una «masa», no como un pueblo (en la feliz distinción de Pío XII).

Estamos, pues, ante una forma de guerra en la cual ya no se trata de conquistar un trozo de terreno, sino las poblaciones que lo habitan. En ella, la estrategia dejó de ser la hija de las matemáticas y de la geometría. Ella obedece más a las leyes de la física y se traduce en fenómenos de ósmosis, de explosiones de simpatía, de reacciones en cadena y de «puntos críticos».

A tal especie de guerra pueden aplicarse las palabras que Couve de Mur-

ville utilizaba para configurar la lucha en el S. E. de Asia: «*No se trata de una guerra ordinaria*, no se trata de una guerra militar—es decir, de una guerra que se puede solucionar por la victoria o por la derrota—. Ello no es tan simple. Se trata de una guerra que es mucho más política y psicológica. Y el fin de esta guerra no es vencer al Ejército enemigo. Es ganar a la población, la población del país donde se desarrolla la lucha...» (Véase sus declaraciones a la N. B. C., cadena de televisión americana, en junio de 1964).

6. Una dimensión *psicológica* (complemento de lo anterior). No puede reducirse a operaciones estrictamente militares. Su conducción exige una acción sobre el espíritu de las poblaciones. «La guerre subversive, elle, vise à une désintégration des principes mêmes de la vie d'une nation ou de toute une famille de nations»: P. Régamey. (Elemento de la guerra revolucionaria, pero no exclusivo de ella).

7. Un *carácter total*, al querer imponer una concepción de la vida—al menos, en determinados puntos esenciales—, a lo que no puede llegarse más que por los espíritus (R. Coste). Esta guerra no ataca únicamente, y ante todo, al cuerpo del hombre y a las realizaciones visibles de su civilización: se pone la mira en su espíritu. Intenta la disociación de la persona para ponerla a su merced. Esta forma de guerra destruye psicológicamente la persona y lleva la disgregación a las sociedades (monseñor Théas).

En suma, verdadera guerra «humana», puesto que los hombres enfrentados están comprometidos *por entero*—en cuerpo y en espíritu—. De ahí que el verdadero jefe de guerra no sea el gran experto militar, sino el *ingeniero de almas*.

* * *

No descubrimos nada con consignar que nos hallamos en presencia de un *fenómeno de polimorfismo*: es la guerra «*camaleón*», de Clausewitz, bien difícil de abordar de una manera sistemática. Las guerras revolucionarias—ha dicho Walter Lippmann—son ciertamente peligrosas de ordenar y *desconcertantes de tratar*.

La razón reside en que son muchos los factores importantes a combinar: *la motivación* (carburante de toda insurrección); *el papel del jefe*; *el terreno*; *la población*; *el terrorismo* (que, con sentido político, no debe ser exagerado); *la propaganda-agitación*; *el apoyo exterior*, y *la organización de las po-*

blaciones (recuérdese la ecuación de los psicólogos militares: *fuerza social = organización × propaganda × agitación*).

De ahí todo un abanico de aspectos violentos: agitaciones (piedras contra gases lacrimógenos, a que se ha referido el «Che» Guevara); huelgas; asesinatos políticos (con muestras de todo tipo: W. Liebknecht y Rosa Luxemburg; Dollfuss; Alejandro I de Yugoslavia y Barthou; J. Calvo Sotelo; P. Lumumba; y atención en la Carta de O. U. A.); sabotajes; insurrecciones de tipo tradicional; cuartelazos; marchas sobre Roma; guerra revolucionaria (con guerra de guerrillas: su punta de lanza).

IV. CLASES DE GUERRA REVOLUCIONARIA.

1. *Guerra civil revolucionaria*: la típica. A ella corresponde la descripción antedicha. Hasta ahora, abrumadoramente de tendencia comunista. Pero no excluyente. Cabe—desde el punto de vista de los teólogos—una revolución antitotalitaria. Recuérdese, a título de muestra, el levantamiento magiar de 1956.

2. *Guerra revolucionaria de liberación*. Objetivo: obtener la emancipación política de un Estado extranjero. Pero no únicamente eso. De ahí la terminología—más exacta—de la República Popular China: movimiento revolucionario *nacional y democrático*. En resumen, es el perfil de la guerra revolucionaria de los *coroneles del tercer mundo* (tras el movimiento autodeterminador o no, etc.). Cambios en las instituciones, sí; pero—lo fundamental—sin decisiva intervención popular (frecuentemente, población espectadora, pasiva). En este sentido, resulta más justo hablar de *golpe de Estado revolucionario*. Aunque en el contexto revolucionario mundial tenga su importancia: sirve de debilitación del Occidente (en tanto que dialéctica contra el capitalismo-imperialismo-neocolonialismo).

3. *Movimiento revolucionario de masa* (término utilizado por la propaganda de Pekín). Ejemplo—no el único—: Francia en mayo de 1968. Puntos resaltables de esta situación: a) Cambio en la técnica del golpe de Estado, etcétera. b) Pérdida del prestigio gubernamental por *la acción de masas*. *Desbordamiento*—¿crisis?—de la Policía. (¿Prueba?: viaje de De Gaulle hasta las Fuerzas galas en la Alemania federal). c) Alcance real de la huelga, pero limitaciones de ella (no huelga general *revolucionaria*; el factor clave de *los obreros*

solidarios en el reparto del pastel de la riqueza: sí a más, no a los peligrosos riesgos hacia menos). Resumiendo, aspecto de la guerra revolucionaria del mundo rico. Es Decir, guerra civil fría (A. Fontaine): militarmente limitada, políticamente ilimitada (general A. Beaufre). Una advertencia: forma que no parece ser exclusiva, con todo, de las sociedades opulentas: experiencias de Méjico, en 1968, de Argentina, en 1969 (con motivaciones, y resultados, distintos).

4. *Guerra revolucionaria de exportación: provocada deliberadamente por un Estado (o un grupo de presión política o económica) sobre un territorio controlado por otro. Procedimiento que forma «parte del arsenal de guerra de la Rusia soviética y de la China comunista» y que otros Estados o grupos de presión podrían caer en la tentación de utilizar» (R. Coste).*

V. FACETAS DE SU IMPORTANCIA.

El reconocimiento oficial—*juridico*—de la importancia contemporánea de la guerra revolucionaria a escala internacional lo evidencia la entrada de esta especie de guerra en la problemática de las Organizaciones regionales a través de la concepción de las *actividades subversivas*: a) O. T. A. S. E.: prevención de y oposición a las actividades subversivas dirigidas desde el exterior contra la integridad territorial y la estabilidad política de los miembros (véase artículo 2); b) CENTO: existencia de un Comité de contrasubversión; c) O. U. A.: condena, sin reserva, de las actividades subversivas ejercidas por los Estados vecinos o por los demás Estados (cons. art. 3, 5).

Pero hay más, en este dominio. Junto a la fórmula *general* de actividades subversivas encaminadas al derribo del orden constituido, aparece la faceta *específica* de la conquista del Estado, por medio del *dominio o control de las instituciones políticas* y la concomitante «extensión» del sistema político de una Potencia extrarregional (Doctrina de la integridad política del Hemisferio, O. E. A., Conferencia de Caracas, 1954, con «derivaciones» posteriores, en 1962 y 1964).

* * *

Y que esa *amenaza* constituida por la guerra revolucionaria tiene verdadera entidad lo revelan—en el campo de la descarnada *política interestatal*—hechos como: *a*) la aseveración de Lleras Restrepo, presidente de Colombia: *no son un grupito de locos...*; *b*) la creación de escuelas de militares y policías iberoamericanos en la Zona del Canal de Panamá (para oficiales y clases llamados a enfrentarse con la lucha revolucionaria en la ciudad y en el campo; para adiestrar a policías en contramanifestaciones y contrainsurgencias urbanas); *c*) la idea de ciertos medios militares iberoamericanos de *ante la agresión permanente, la defensa permanente* (por ejemplo, en 1968; pero ya idea en los medios franceses de la guerra revolucionaria); *d*) la realidad de la Escuela de guerrilleros de La Habana, surgida de la segunda Conferencia Tricontinental, organizada con recursos de los tres Continentes, y donde la Unión Soviética—que no quiere aparecer interviniendo en las cuestiones de Iberoamérica—«ha cooperado con técnicos y recursos» para que funcionase «a la altura de las mejores experiencias mundiales y de técnicas modernas» (Carlos Andrés Pérez); *e*) la atención del Concilio Vaticano II a las llamadas «guerras disfrazadas con nuevos métodos insidiosos y subversivos», y la siguiente indicación: «En muchos casos, se admite como nuevo sistema de guerra el uso de los métodos del terrorismo» (véase *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, 79).

VI. ADVERTENCIA FINAL. —EL FUTURO.

Téngase en cuenta que, aun bajo su forma convencional, la guerra toma ya un aspecto revolucionario (G. Scelle). Ya no es un simple medio de hacer prevalecer un derecho, sino que —como ha escrito Quincy Wright—es «un conflicto de dogmas jurídicos, de culturas nacionales y de sentimientos populares». La victoria tiende a asegurar el triunfo de una filosofía, de una determinada concepción del Estado y del mundo (R. Darsac).

Lo que ocurre es que la historia militar de los últimos tiempos nos había habituado a ver en la guerra un *fenómeno primariamente técnico*, un *asunto de especialistas* en un arte demasiado particular para ser accesible a los profanos, el choque entre «dos formaciones simétricas encargadas de solventar una querrela colectiva en un vasto combate singular».

Tal vez, tal vez, el machacamiento de los cañones de Verdún y de Stalingrado haya hecho perder de vista una sencilla verdad: el que la guerra es un

fenómeno social y político. Y no es preciso invocar a Heráclito, Hegel, Spencer o Renán para darnos cuenta de que la guerra transforma los modos de vida y fecunda las ideologías. El mismo «poder» es tocado por ella. Un cierto deslizamiento hacia el totalitarismo acompaña necesariamente a la carrera de armamentos y a la movilización nacional (Bertrand de Jouvenel).

Por otra parte, la particularidad de que si, en tiempos pasados, la preocupación de los reyes por no comprometer un equilibrio al que su reino estaba ligado contribuyó ampliamente a reducir la intensidad de los combates, la política ha «sabido»—en otros tiempos y, sobre todo, en nuestro tiempo—exacerbar la guerra.

* * *

Hoy, hay evidencias insoslayables. Lo que ocurre es que no se termina de entrar *resueltamente*—en determinados medios «dirigentes» del Occidente; de un color y de otro—en la esencia de la coyuntura presente: de *cierre de época*, hacia otra nueva (más o menos nebulosa).

Por lo pronto, y esto nada nebuloso, estamos ante la realidad de la *despersonalización nacional de la guerra*.

Nos explicaremos. En la lucha de 1914-1918 vemos, por ejemplo, dos naciones en tanto que tales naciones—Francia y Alemania—dirigidas una contra otra. De un lado, había el recuerdo de la derrota y la humillación de 1871. De otro, el recuerdo de las guerras de la Revolución y del Imperio y del Alzamiento nacional de 1813. Francia quería terminar con Alemania, que le había vencido y que había materializado su victoria con una anexión brutal. Alemania quería acabar con una Francia que no aceptaba su derrota, ni sus fronteras. Cada una estaba persuadida de que el precio de una paz verdadera era el abatimiento definitivo de su rival. En este sentido, la guerra 1914-1918 entre Francia y Alemania era la última guerra nacional (al menos, en Europa).

Pero a la *personalización total* de las naciones en la guerra sucedía algo distinto en 1939.

Sabido es que la Alemania hitleriana estaba sometida a un yugo de acero. Pero no menos verdad es que ella tenía también sus «emigrantes», no sólo en el exterior, sino asimismo en el interior. La misma Francia acogía a refugiados alemanes, desde 1933, y sabía que si el hitlerismo era alemán, no toda Alemania era nazi. Más, por otra parte, en Francia, Hitler encontraba simpatías que no se disimulaban. Incluso, las derechas y las izquierdas se halla-



ban divididas a este respecto. Un sector de la derecha permanecía fiel al nacionalismo de antaño; mientras otro se preocupaba más por proteger a Europa del bolchevismo que por defender las posiciones francesas. Por lo que hace a la izquierda, aunque algunos de sus integrantes seguían profesando un pacifismo incondicional, los otros se daban cuenta de que la defensa de la Patria se confundía con la de sus valores, amenazados por el hitlerismo.

Resumiendo, encadenada la segunda conflagración mundial, su carácter dominante iba a ser más ideológico que nacional, típico-nacional.

Y tal tónica ideológica iba a mantenerse en el ambiente internacional durante la fase posterior a la guerra 1939-1945, para culminar—desorbitadamente—en los tiempos actuales (con el paso definitivo de la *nación en armas al pueblo—y duramente revolucionario—en armas*, etc.).

* * *

Gran, tremebundo desafío a las energías espirituales y a las fuerzas del pensamiento de los hombres de buena voluntad.

La dinámica de la cuestión va unida inexorablemente a la temática de las condiciones de existencia de las atormentadas sociedades del mundo subdesarrollado (a su vez, *tercer y cuarto mundos*), y de las condiciones de vida del frenético mundo rico, con agobiantes condicionantes derivados de la atonía de las fuerzas espirituales y comunitarias, originada por el proceso de masificación (con la inserción del problema—complejo—de la «rebeldía» juvenil, en su oposición a la hipocresía, la mediocridad, etc.—postura de Gerardo Molina, ex rector de la Universidad N. de Bogotá; del general Beaufre, y de otros—).

Por tanto, la gran lección de tamaña tesitura es la necesidad de la salud—en tanto que salud *social*, se entiende—*moral y material* de los pueblos, con la consiguiente salud *política*, como antídoto a la deshumanización de la guerra revolucionaria. En suma, la gran lección de los pueblos-persona, frente a los pueblos-masa... Sencilla lección que, por desgracia, casi nadie quiere aprender.

LEANDRO RUBIO GARCIA.